

UN VIAJE A LA PLAYA



10
CTVS.

Un viaje

a la playa

118 X 162

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRINTED IN ARGENTINA

UN VIAJE A LA PLAYA

El señor Modesto vivía en una casita llamada Villa Rosa y era vecino de los duendecillos Din y Don. El era muy rico y, en cambio, estos últimos muy pobres. El señor Modesto no trabajaba, pero Din y Don lo hacían de la mañana a la noche y aun así ganaban tan poco dinero, que apenas podían comprarse, de vez en cuando, algún traje y nunca les llegaba el dinero para adquirir golosinas.

El señor Modesto era muy avaro. Jamás regalaba cosa alguna, pero si lo hacía, gustábale que le diesen muchas veces las gracias.

Un día proporcionó a Din y Don la mayor sorpresa de su vida, pues, asomándose por encima de la valla, les gritó:

—Tengo tres billetes de ferrocarril para ir a la playa. ¿Queréis acompañarme?

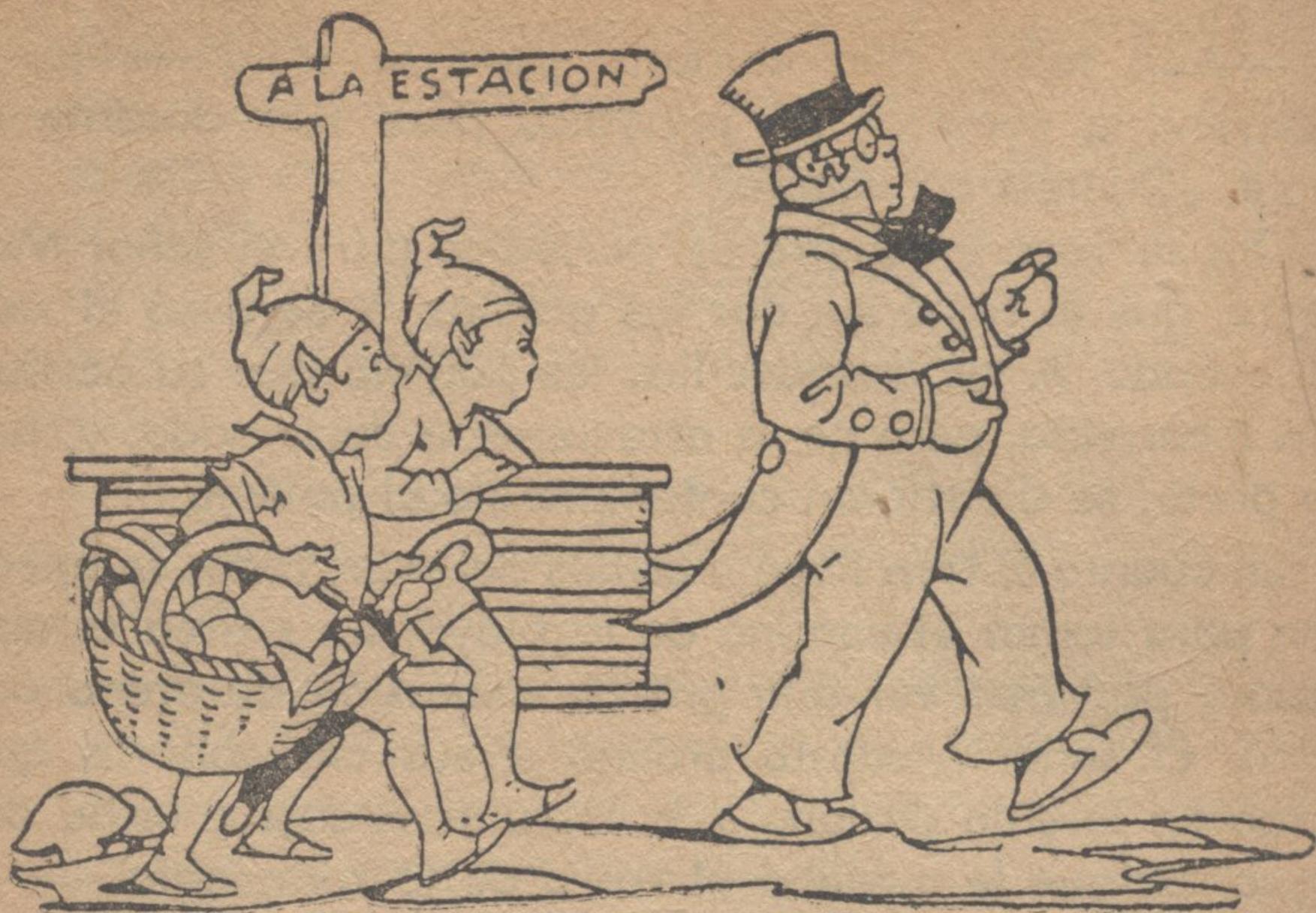
Tan sorprendidos se quedaron los duendecillos, que, de momento, no pudieron contestar cosa alguna. Luego empezaron a sonreír y a saltar de alegría.

—¡Cuántos años hace que no hemos visto el mar! ¡Qué alegría! Es usted muy bondadoso, señor Modesto. ¡Muchísimas gracias!

—El tren sale a las diez—dijo el señor Modesto.—Llevad algo que comer, porque yo tengo tantas cosas en que ocuparme, que no podré preparar provisiones.

—¡Desde luego!—dijo Din—. Llevaremos una cesta de comida.

El señor Modesto les indicó algunas de las cosas que más le gustaban y los dos duendecillos le prometieron llevarlas, a pesar del dinero que les costarían.



LOS DUENDECILLOS LE LLEVABAN SUS COSAS

Haciendo grandes esfuerzos, consiguieron adquirir todas las provisiones encargadas, las metieron en un gran cesto y emprendieron el camino de la estación.

—Oíd—les dijo el señor Modesto al verlos pasar—. ¿Queréis ayudarme a llevar algunas cosas? He preparado un sillón de lona, un bastón, un paraguas, un gabán y una chaqueta.

Los duendecillos tomaron todo aquello, de modo que el señor Modesto no tuvo que llevar cosa alguna. Los pobrecillos jadeaban de cansancio y de dolor, pero no se quejaban. Estaban tan agradecidos a la bondad del señor Modesto, que todo les parecía bien.

El tren estaba ya en la pequeña estación cuando llegaron los tres. Encontraron un vagón desocupado y se instalaron en él. Entonces el señor Modesto consultó su reloj.

—Aun faltan diez minutos para la salida—dijo—. Convendría comprar un periódico para leer durante el viaje. ¿Queréis comprarlo?

Din se apeó y compró un periódico para el señor Modesto, que lo tomó sin dar las gracias. Y se pasó el viaje leyendo. A los duendecillos les pareció que su actitud era incorrecta, pero no se atrevieron a decir nada, y, por su parte, se divirtieron contemplando el paisaje.

En cuanto el tren llegó a orillas del mar, todos se apearon para tomar el camino de la playa. La marea estaba baja y pudieron ver una grande extensión de arena dorada. El señor Modesto ordenó a sus compañeros que tomaran la silla de lona y la instalaran casi a orilla del agua, porque le gustaba el ruido de la rompiente.

—¿Cuándo comeremos?—preguntó—. Tengo un poco de apetito.

Din y Don abrieron el cesto y le mostraron las provisiones que tenían. El señor Modesto, muy satisfecho, contempló los "sandwiches" de jamón y los bombones de chocolate. Tomó cuatro de los primeros y empezó a comer, y antes de que Din y Don hubiesen terminado con el primer "sandwich", él se había comido ya los suyos y hasta se había apoderado de todos los que quedaban en el cesto.

De igual modo, el señor Modesto se tomó los bombones de chocolate y todos los bizcochos, a excepción de dos. A Din y a Don les correspondió un plátano por barba, pero el señor Modesto devoró el resto de la fruta.

—¿No hay nada más?—preguntó—. Me parece que, a cambio de los billetes de ferrocarril que os he regalado, podríais haber sido más espléndidos. Veo que no hay chocolate ni otra cosa alguna que beber.

—Lo siento muchísimo—contestó Din, ruborizándose.
—Voy a comprar una barra de chocolate.

Se gastó los últimos céntimos que le quedaban en una barra de chocolate para el señor Modesto y en una botella de cerveza. El avaro se apoderó de ambas cosas y las consumió, sin ofrecer nada en absoluto a sus dos compañeros.

—Muy bien—dijo sacando su pañuelo rojo para secarse la frente—. Me gustaría que viniese el vendedor de sorbetes.

Los duendecillos creyeron que al señor Modesto le había llegado la vez de comprar alguna cosa. Pero cuando se acercó el vendedor de sorbetes él no hizo la menor indicación de comprar cosa alguna.

—Tráeme un sorbete—le dijo a Don—. Parece mentira que hayas esperado a que yo te lo pidiese.

Don frunció el ceño, pero luego recordó que el señor Modesto les había regalado los billetes de ferrocarril, de modo que se puso en pie y se gastó sus últimos veinte céntimos en un mantecado.

El señor Modesto se lo tomó, muy complacido, y luego dió un gran bostezo.

—Tengo sueño—dijo—. Voy a echar una siesta.

—¿No quiere usted dar un paseo por la playa?—preguntó Din, disgustado.

—O remar un poco—propuso Don.

—Hace demasiado calor—contestó el señor Modesto, cerrando los ojos—. Pero no os marchéis. Quedaos aquí para que nadie venga a robarme el paraguas u otra cosa.

Los dos duendecillos se miraron desalentados. ¡Vaya un modo aburrido de pasar una tarde en la playa! El

señor Modesto empezó a roncar y se le cayó el sombrero.

Don se lo puso y entonces él despertó.

—¿Por qué me molestáis?—preguntó enojado—. ¡Dejadme en paz!

Din y Don se sentaron en la arena, muy deseosos de divertirse un rato remando. Pronto Din murmuró algo a oídos de su compañero. Tenía muchísima sed, pero ya no le quedaba ningún dinero para adquirir un refresco.

—¿Puedes prestarme diez céntimos, Don?

—No tengo ni cinco—contestó el interpelado.

—Pues me estoy muriendo de sed—dijo el pobre Din.

Don se alarmó y al fin tocó el brazo del señor Modesto.

—¿Puede usted prestarme diez céntimos?—preguntó cortésmente.

—¡Dios mío!—exclamó el señor Modesto despertándose sobresaltado—. ¿Qué te pasa ahora? ¿Que te preste diez céntimos? ¿Y por eso me despiertas?

Volvió a cerrar los ojos y reanudó sus ronquidos. Don estaba muy enojado con él, comprendiendo que no obtendría nada.

—Vale más que no lo despertemos—dijo Din, muy nervioso—. A lo mejor se enoja y nos pega.

—Más valdría preguntarle a qué hora sale el tren para volver a casa—dijo Don—. Si lo perdemos, porque él esté dormido, las consecuencias serían muy desagradables.

Din tocó de nuevo el brazo del señor Modesto para despertarlo.

—¡Vete!—contestó el señor Modesto sin acabar de despertarse. Y como Din volviese a tocarle el brazo, repitió:—¡VETE! Si vuelves a despertarme, por cualquier motivo que sea, os tiraré de las orejas a los dos. ¡Bien me mostráis vuestro agradecimiento!

Los duendecillos se enfurecieron al oír estas palabras. En resumidas cuentas, ellos llevaron todas las provisiones, quedándose sin un cuarto, en obsequio del señor Modesto. Din pateó de rabia y su compañero se puso ceñudo.

—Vamos al mar—dijo finalmente Din—. No quiero pasarme la tarde en la playa vigilando el paraguas viejo de ese hombre. Ya no merece ninguna atención.

Los dos duendecillos se dirigieron a la orilla del mar, se descalzaron y, muy contentos, empezaron a chapotear por el agua. Encontraron algas y conchas y se divertieron de lo lindo. De pronto oyeron una voz a su espalda.

—¡Eh! ¿Qué hacéis ahí?

Ambos se volvieron para ver a su antiguo amigo Pilotín, que les hacía gestos amistosos y les dirigía sonrisas.

—Supongo que no acompañáis a ese bandido de señor Modesto—preguntó Pilotín corriendo hacia ellos.

Din y Don le explicaron todo lo ocurrido y él se echó a reír.

—Esos tres billetes de ferrocarril se los regalaron—dijo Pilotín—, de modo que no ha mostrado ninguna generosidad al traerlos aquí. Lo hizo con el propósito de que vosotros le dieseis de comer y de beber. Os ha tratado muy mal.

—Mira—exclamó Din, de pronto, señalando al lugar en que estaba dormido el señor Modesto—. Está subiendo la marea, de modo que el agua no tardará en llegar hasta él.

—¡Que se fastidie!—contestó Pilotín sonriendo—. Eso le servirá de castigo.

—¡Oh, no podemos hacer eso!—exclamó Don, que

era un buen muchacho—. Es preciso avisarle. Bien es verdad que nos prohibió volver a despertarlo. Y si lo hiciésemos se enojaría. Sin embargo, iré a exponerme—añadió echando a correr hacia allá—. Una vez hubo llegado, lo llamó: —¡Señor Modesto!—Pero éste siguió roncando.— ¡Señor Modesto!—repitió Don. Pero el dormido le contestó con un ronquido.—¡SEÑOR MODESTO!—gritó el duendecillo con toda su alma.

El avaro se despertó, dando un salto y, airado, miró al duendecillo.

—¿No te he dicho que me dejaras en paz?—rugió.

—Dispense usted, señor Modesto—contestó Don—. Pero quería decirle una cosa.

—¡Pues no quiero saberla!—replicó el señor Modesto.—No quiero oír una sola palabra de ti. Eres un desobediente.

Y, al mismo tiempo, lo agarró y con toda su alma le dió unos cuantos tirones de orejas.

Don se alejó llorando, en tanto que el señor Modesto sacaba su pañuelo rojo para extenderlo sobre su rostro. Se echó a dormir de nuevo, mientras el agua avanzaba despacio hacia él.

—Ese hombre es una bestia—dijo Din, para consolar a su compañero—. No te apures, muchacho. Dejaremos que la marea lo rodee.

—¡Pero él tiene los billetes de vuelta!—sollozó Don.—Y ya no nos queda dinero para merendar ni para volver a casa.

—No os apuréis—les dijo Pilotín—. Vais a merendar conmigo. Y luego os llevaré a casa en mi automóvil nuevo. Os gustará mucho.

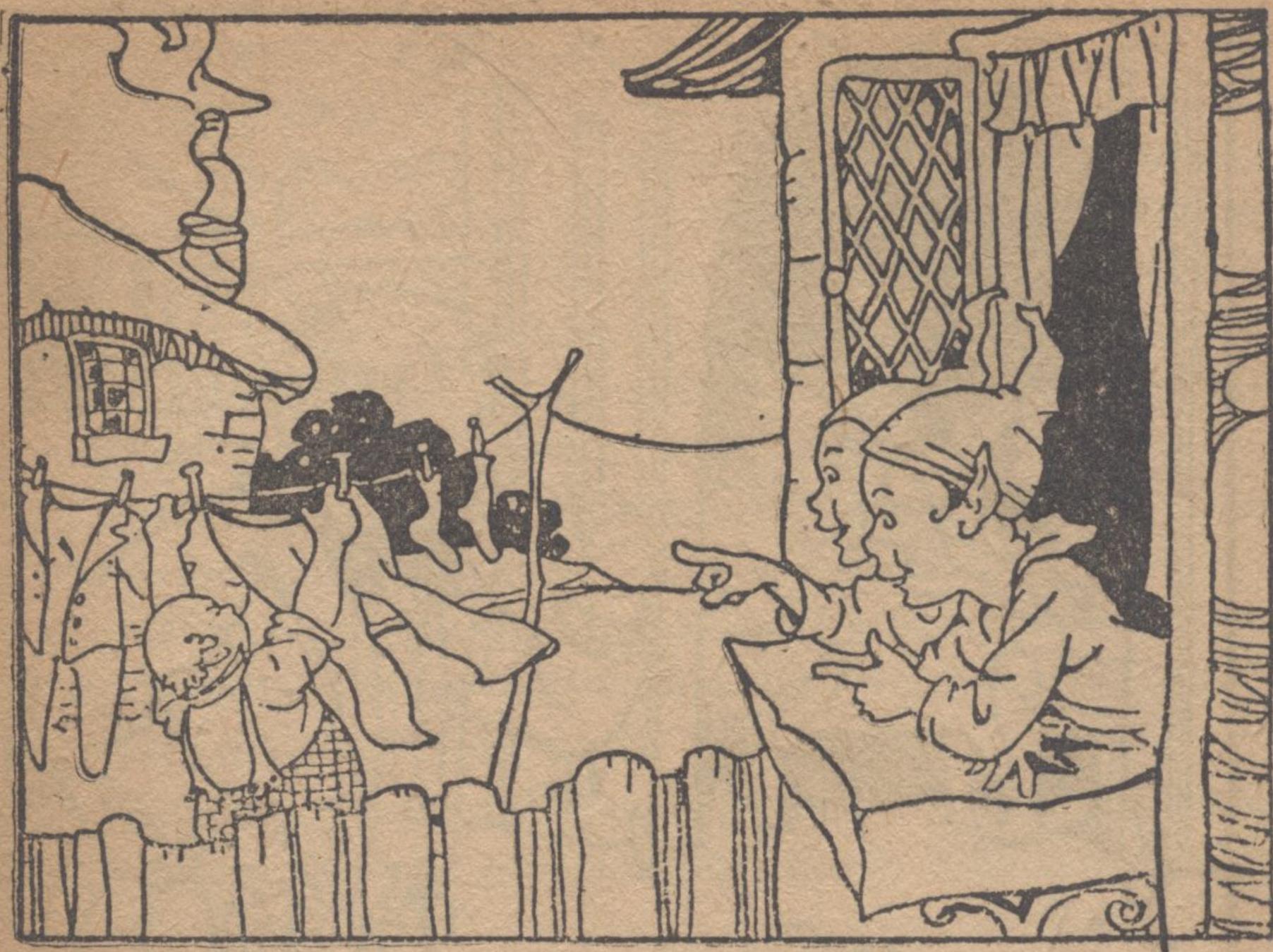
Los duendecillos se alegraron sobremanera. Luego,



LLEGÓ EL SEÑOR MODESTO, MOJADO Y GOTEANDO sonrientes, se volvieron para ver lo que era del malvado señor Modesto.

El agua le rodeaba ya los pies, pero él no se había despertado aún. El paraguas y el bastón empezaron a navegar por su cuenta y él seguía dormido. Los duendecillos y Pilotín observaban aquello, muy satisfechos.

De pronto una ola enorme fué a desplomarse sobre el señor Modesto. Cuando se retiró el agua, los tres observadores pudieron notar que el avaro estaba ya despierto. Habíase caído la silla de lona y él también fué a parar al agua. Y lo vieron mientras gritaba y escúpía



VIERON LA ROPA DEL SEÑOR MODESTO COLGADA

agua, esforzándose en ponerse en pie. Pero el movimiento de las olas le impedía levantarse, de modo que estaba muy enojado.

—Ahora va a salir—dijo Don, de pronto—. Valdrá más, Pilotín, que nos vayamos todos, antes de que nos vea. No creerá que quisimos avisarle que subía la marea, y se enojará mucho.

Los tres se encaminaron a la tienda de Pilotín, donde estaba servida una magnífica merienda, de modo que los dos duendecillos se hartaron de lo lindo. Y cuando estaban en lo mejor de la faena, se presentó el señor Modesto calado hasta los huesos y goteando agua por todas

partes. Miró sorprendido y airado a los duendecillos, que estaban ocupados en merendar.

—Bueno, bueno—les dijo—. Ahora no os daré los billetes de regreso. ¡Mirad!

Los sacó de su bolsillo, los rompió en mil pedazos y los arrojó a lo lejos.

Se encaminó a la estación, no sin antes mostrar el puño a los dos duendecillos, tomó el tren y regresó a su casa, diciéndose que Din y Don no tenían billetes de ferrocarril ni dinero. Y ya se podrá imaginar su sorpresa cuando los vió llegar en el coche de Pilotín.

Ellos lo saludaron muy alegres y se metieron en su casa. Entonces se asomaron a la ventana de la parte posterior y pudieron ver tendida en una cuerda toda la ropa del señor Modesto.

Echáronse a reír, burlándose de él y, realmente, no merecían censura por esta causa. ¿No os parece?

EL CONDE OLIVER Y EL LADRON

El conde Oliver volvía a su morada montado en su enorme corcel negro. Silbaba una alegre canción, porque era muy feliz. A la mañana siguiente debía casarse con dama Melisendra, la más hermosa de toda la comarca. El conde había ido a una población lejana para comprar una sortija de boda, y, a la sazón, volvía a su castillo, situado en lo alto de una colina.

Pero ¿qué vió a lo lejos? Una inmensa llamarada subía hasta el cielo, rodeada por una espesa columna de humo negro. Era un incendio. Y, ya lleno de temor, avanzó

—Está ardiendo mi castillo—exclamó al llegar a lo alto de una eminencia, desde donde podía, efectivamente, divisar su morada. Clavó las espuelas en los ijares de su montura y, al galope, se dirigió al valle.

No había recorrido gran distancia, cuando encontró a dos hombres que hablaban entre sí. Uno era arquero y el otro montaba un caballo, que a cada lado llevaba unos cestos. En cuanto el arquero vió a Oliver, puso una flecha en su arco y le ordenó detenerse.

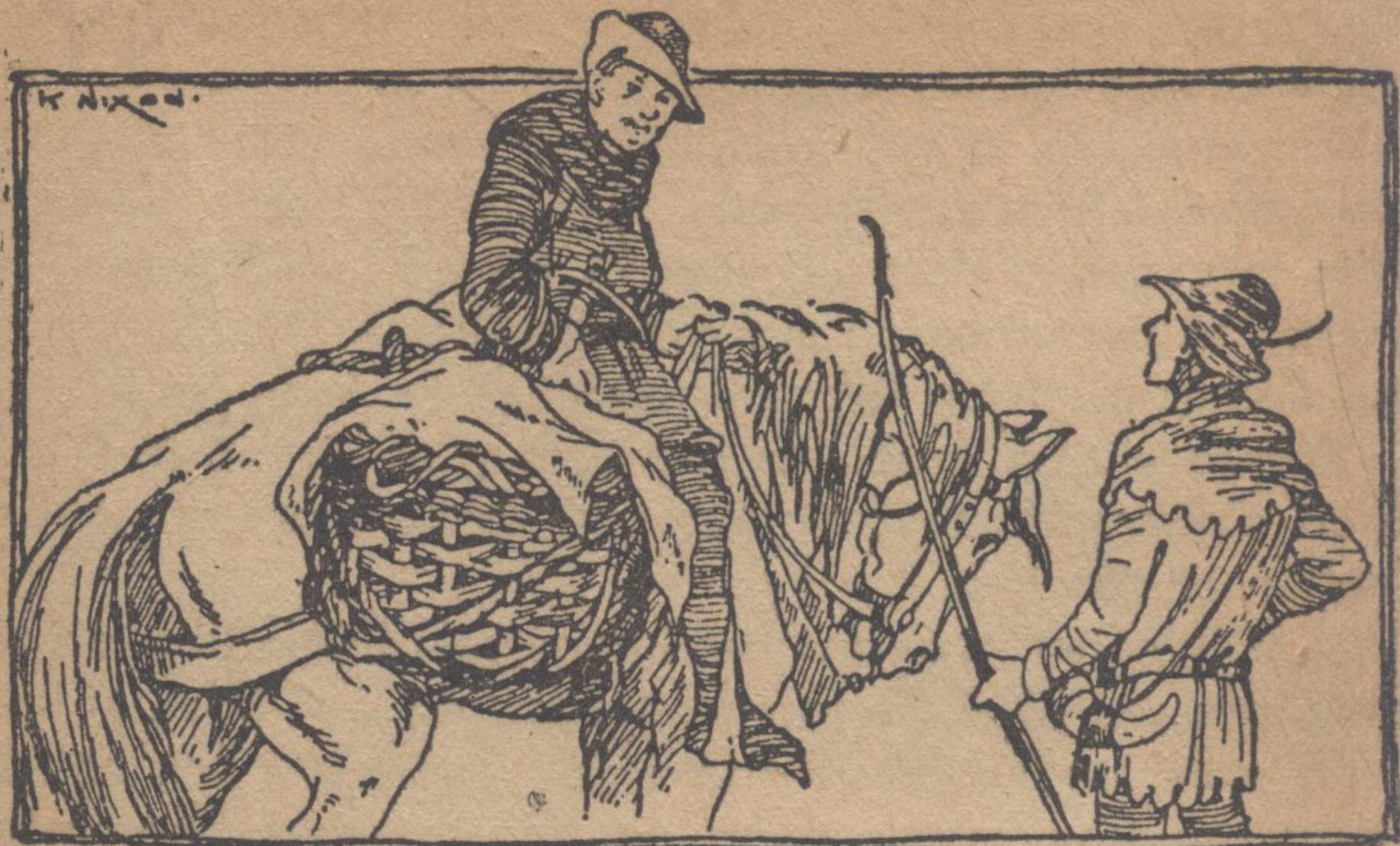
—¡Nadie pasa por aquí!—gritó.

—¿Quién ha dado esa orden?—preguntó el conde, enojado.

—Mi amo, el señor Bors—contestó el arquero sonriendo.— Después de saquear ese castillo, lo ha incendiado. Han muerto muchos de los criados y los otros, como cobardes, han emprendido la fuga.

—¡El señor Bors! — exclamó Oliver sobresaltado—. ¡Bors, el ladrón! ¿Qué traición es esa?

—Tened cuidado con la lengua—contestó, ceñudo, el arquero—. Todos los ardides son permitidos en el amor



UN ARQUERO HABLABA CON UN JINETE

y en la guerra, y el conde Oliver había de casarse con la doncella que mi señor Bors desea por esposa. Esta es, pues, su venganza. El castillo del conde ha sido saqueado e incendiado. Y también hemos capturado a la doncella. El señor Bors se apoderó de ella mientras paseaba por el bosque.

Oliver palideció y su corazón se llenó de cólera.

—¡Aparta!—gritó, mientras clavaba las espuelas en su caballo—. Soy Oliver y voy a matar a ese bandido.

Antes de que el asombrado arquero pudiese poner la flecha en el arco, Oliver pasó al galope, empujando con rudeza al individuo montado a caballo, de modo que derramó por el suelo el contenido de los dos cestos. Oliver estaba demasiado enojado para observar lo que contenían, porque, de lo contrario, se hubiese detenido para

atacar a aquel hombre, puesto que los dos cestos estuvieron llenos con los tesoros robados en su propio castillo.

Oliver subió la colina al galope de su caballo, pero pronto se detuvo desesperado. Nada podía hacer. Su castillo estaba casi destruído por el fuego y en aquel momento se derrumbaron sus grandes torres. Y el humo y las llamas parecían llegar hasta el cielo de la tarde.

Pronto vió un grupo de hombres y se dirigió a ellos. Eran algunos de sus criados, que, tristemente, contemplaban el desastre.

—¡Oh, señor!—exclamaron corriendo hacia él y arrojándose—. ¡Qué día tan desgraciado! Llegó Bors, el ladrón, con un numeroso grupo de hombres y nos cogió desprevenidos, cuando todos nos estábamos preparando para la boda de mañana. Ahora todo está perdido. Ha robado todos los tesoros del castillo y vuestra dulce señora es prisionera del bandido, que se propone casarse con ella.

El conde Oliver escuchó, temeroso y colérico a la vez. Era horrible ver destruído su hermoso castillo, pero aun más espantoso saber que su adorada prometida había sido secuestrada.

—Ese Bors no vivirá mucho tiempo—exclamó—. Vive en su castillo rodeado de su horda de rufianes, y solamente lo abandona para asesinar y robar. Yo lo castigaré.

—¿Cómo, señor?—preguntó el viejo Juan, uno de los más sensatos de sus criados—. Os quedan unos pocos hombres y no poseéis más que vuestro caballo y el traje que os cubre. No tenéis fuerzas suficientes para atacar a Bors, el ladrón, pues para eso se necesita dinero y os lo han robado todo.

—Es verdad—gimió, desesperado, Oliver—. Y todos



SE TENDIÓ AL PIE DE UN ÁRBOL

mis amigos temen demasiado a Bors, de modo que no podrán ni querrán ayudarme. ¿Qué puedo hacer? ¡Ojalá hubiese estado en compañía de mi adorada Melisendra, cuando se apoderaron de ella! ¡Juro que el ladrón lo habría pagado caro!

Se volvió para encaminarse al bosque inmediato, donde Melisendra gustaba de pasear. Arrendó su caballo a un árbol y luego se arrojó al suelo. Estaba dolorido al pensar en todo lo que esperó para el día siguiente y al recordar que ya no tenía a su amada, su castillo, hombres y dinero. Habíase convertido en un mendigo, él que se proponía casarse con la dama más hermosa de la comarca, dispuesto a proporcionarle riquezas y felicidad.

Pasó toda la noche al pie de aquel árbol, lamentándose de su desgracia. Pero al amanecer se puso en pie, deci-

dido a salvar a Melisendra antes de que se viese obligada a casarse con el ladrón.

Fué en busca de sus hombres, les dió su caballo y les dijo:

—Vended mi corcel. Sin duda lo pagarán muy bien, porque es el mejor de todo el reino. Quedaos el dinero y esperadme durante tres semanas en esa casita. Si no vuelvo, marchaos adonde queráis y buscad otro amo. Sus hombres le prometieron obedecer y se quedaron con el hermoso caballo. Y tras de despedirse tristemente de ellos, el conde Oliver echó a andar montaña abajo. Había formado un atrevido plan y estaba dispuesto a llevarlo a cabo. Iría al castillo de Bors, el ladrón, a ofrecerse como criado. Tal vez así podría rescatar a Melisendra y hallar el modo de vengarse del bandido.

A la tarde del día siguiente, el conde Oliver llegó al castillo de Bors. Estaba cansado y le dolían los pies, porque había andado durante una noche y un día. Se dirigió a la puerta de la cocina, donde encontró a varios hombres que hablaban del incendio y del combate de dos días antes. Oliver prestó oído, deseoso de averiguar qué había sido de Melisendra, y pronto pudo enterarse.

—La hermosa dama está encerrada en la torre del Oeste—dijo uno de aquellos individuos.—Todos los días voy a llevarle comida y agua. Ella está tendida en la cama, llorando continuamente, y no quiere dirigir, siquiera, la palabra a nuestro señor Bors. El la tomará por mujer dentro de tres semanas, de modo que quizá entonces ya no le queden lágrimas y pueda sonreír el día de la boda.

Oliver escuchó con la mayor atención y luego, adelantándose, dijo a aquel hombre:



—TOMAD MI CABALLO Y VENDEDLO—DIJO OLIVER
A SUS CRIADOS

—¿Queréis tomar a un criado? Necesito trabajo y quisiera servir al señor Bors.

—Pareces robusto—dijo el jefe volviéndose hacia él.—¿De dónde vienes?

—Del castillo del conde Oliver—contestó atrevidamente.—Ha despedido a todos sus servidores y como me gusta servir a un señor poderoso, he venido al encuentro de vuestro amo. Yo nunca he tenido afecto por el conde Oliver y más de una vez me dió un puntapié y me dirigió insultantes palabras. Preferiría servir al señor Bors.

—¿De modo que el conde Oliver no era tan bueno como decían?—observó, riéndose, uno de aquellos hombres.—Bueno, ya verás a nuestro amo cuando llegue y, si le gusta tu aspecto, te tomará.

Oliver se sentó en un rincón y prestó oído a la conversación de aquellos hombres. Se alegraba de estar cerca de Melisendra, aunque no pudiese hablar con ella y, en cambio, sentíase triste por el hecho de que ella fuese tan desgraciada. Y empezó a buscar la manera de advertirle su presencia.

No tardó en llegar de la caza el bandido y Oliver fué a su encuentro. Bors era un hombre grueso, de mirada cruel, brutal y déspota. Pero era rico y como no le importaba nadie, todos le temían y estaban dispuestos a servirle, a cambio de la buena paga que les daba.

—¿De modo que eres uno de los hombres del conde Oliver?—dijo mirando fijamente al conde e irguiéndose, luego, desdeñosamente:—¿Qué hiciste dos días atrás, cuando mis hombres sorprendieron y saquearon el castillo?

—Estaba lejos de él, en cumplimiento de una orden—

contestó Oliver.—A mi regreso pude enterarme de lo ocurrido. Mi amo quería que me quedase a su lado, para combatir contra vos, pero me negué y huí. ¿Qué esperanzas podía tener contra un señor como vos? Me gustan los hombres poderosos y he venido aquí con el deseo de ser uno de vuestros criados.

—Bueno, me gustas—contestó Bors en tono afable.—Ayudarás en la cocina hasta que te encuentre una ocupación mejor. Ahora vete.

Oliver obedeció, estremecido de cólera, pero sin atreverse a mostrar nada más que la mayor cortesía y buen deseo. Regresó a la enorme cocina y pronto le encargaron ayudar en la preparación de la cena.

Durante una semana Bors no dió muestras de haberse fijado siquiera en Oliver y el joven no podía hallar ningún medio para salvar a Melisendra. Había un individuo encargado de llevar la comida a la prisionera, pero, a excepción de él y de Bors, nadie podía entrar en la torre.

No tardó Oliver en tener una nueva preocupación. Se enteró de que Melisendra no quería comer cosa alguna, en su propósito de dejarse morir de hambre antes que casarse con el bandido.

—El amo lo ha probado todo para hacerla comer—explicó el hombre que le servía la comida.—Pero nada es capaz de lograrlo. Permanece siempre sentada y pálida como un lirio, sin decir cosa alguna. La pobrecilla tiene un aire tan lastimero, que incluso el señor Bors se ha compadecido de ella.

—Tanto valdría ablandar una piedra como el corazón de nuestro amo—observaron algunos riéndose.

Oliver tuvo una idea que apresuró los latidos de su corazón.

—¿Y por qué no me permite vuestro amo que yo lleve la comida a la prisionera?—dijo.—La he servido muchas veces, cuando iba a visitar a mi señor Oliver, y tal vez consentiría en tomar el alimento preparado por mis manos.

—No es mala idea—dijeron algunos.—Se lo diremos a nuestro amo.

El ladrón hizo llamar a Oliver en cuanto le hubieron repetido sus palabras.

—Prepararás la comida de esa dama y se la llevarás todos los días—dijo. — Quizá, al verte, consienta en comer.

—Estoy seguro de ello—contestó Oliver, haciendo una reverencia.

Se dirigió a la cocina y preparó la mejor comida que le fué posible. Luego la puso en una bandeja de plata y la llevó a la puerta de la torre. Allí estaba el señor Bors, que abrió la gruesa hoja de madera. Entonces Oliver subió tras el bandido la escalera de caracol, hasta llegar a la habitación de la prisionera. La abrió y entró haciendo seña a Oliver para que lo siguiera.

—Mirad, hermosa dama—dijo con voz cariñosa.—Esta comida os la trae un conocido.

Melisendra, que estaba sentada junto a la ventana, levantó los ojos y se quedó asombradísima al ver a Oliver. Pero éste le dirigió una mirada, para recomendarle que no se hiciese traición.

—Hermosa dama—dijo Oliver.—Os ruego que aceptéis esta comida para complacer al corazón que tan tiernamente os ama.

Bors se quedó muy satisfecho, figurándose que el conde hablaba de él, pero Melisendra comprendió que Oliver no se refería al ladrón.

Empezó a comer y el bandido la observaba con alegría, pues había estado muy disgustado ante el temor de que la joven prefiriese la muerte por hambre a casarse con él.

—Si todos los días me trae la comida ese criado, comeré—dijo la doncella.

—¿Has oído el deseo de esta dama?—preguntó el bandido volviéndose a Oliver.—Por consiguiente, prepárale tú mismo la comida. Y te advierto que si no quiere comer, mandaré que te corten la cabeza.

Oliver se alejó, muy contento, de la torre. Puesto que ya podría ver todos los días a su amada, estaba persuadido de que hallaría el modo de salvarla.

Todos los días hacía llegar a sus manos una carta, metiéndola dentro del pan, y ella le contestaba del mismo modo. Por fin se le ocurrió a Oliver un buen plan y se apresuró a comunicarlo a Melisendra.

“En cuanto Bors os proponga casaros con él—le escribió—decidle que estáis dispuesta a complacerle siempre y cuando os entregue algunas joyas maravillosas, que están ocultas en las cercanías de mi castillo. Decidle, además, que únicamente yo estoy enterado del lugar en que se hallan, porque vi a Oliver ocupado en ocultarlas y que así os lo he manifestado. Dejad el resto a mi cuidado.”

Así, cuando aquel día, como de costumbre, el bandido insistió en que Melisendra consintiera en casarse con él, la doncella ya no manifestó su acostumbrada aversión, como solía, sino que, inclinando la cabeza, em-



BORS EMPEZÓ A HABLAR CON OLIVER

pezó a jugar con su collar. Luego dijo:

—Me casaré con vos si me proporcionáis las maravillosas joyas que el conde Oliver me había prometido. Están ocultas cerca del lugar en que se hallaba el castillo, y el criado que me trae la comida cada día, conoce el escondrijo, pues así me lo ha dicho.

—Las tendréis—prometió Bors, muy satisfecho.—Hoy mismo enviaré a mis hombres en busca de esas joyas.

Salió al encuentro de Oliver, que estaba limpiando la vajilla de plata, y se lo llevó a una pequeña estancia, para hablar con él.



BORS SE PUSO PÁLIDO DE MIEDO

—Te llevarás a mis hombres al lugar en donde están esas joyas de que has hablado a Melisendra—dijo.— Haz eso y serás mi criado principal.

—De ningún modo—contestó Oliver.—No llevaré a nadie más que a vos a ese escondrijo. Vuestros hombres no me quieren, me matarían y se quedarían con las joyas.

—Llévate a mis dos hombres de confianza—dijo Bors.—Te prometo que no correrás ningún peligro y que, además, te recompensaré magníficamente.

—No, señor—contestó Oliver;—os llevaré a vos, pero a nadie más.

El bandido se enojó, amenazando que haría decapitar a Oliver por su desobediencia, pero éste se echó a reír.

—Matadme y morirá mi secreto conmigo—contestó.

El bandido no tuvo más remedio que consentir en ello y al día siguiente salir a caballo. Oliver lo condujo a su castillo, a donde llegaron al oscurecer. Bors, a medida que se alejaba de su propio castillo y de sus hombres, iba poniéndose nervioso.

—¿Y si aun queda por ahí alguno de los criados de Oliver?—preguntó.—¿Podrías obligarlos a huir?

—No—contestó Oliver, muy alegre.—Probablemente os entregaría a ellos.

Bors lo miró asustado y con el corazón palpitante, pero Oliver no hizo el menor esfuerzo para tranquilizarlo. Anocheecía ya cuando llegaron a la casita, en la que sólo ardía una luz. Oliver llamó a la puerta con su látigo de montar y gritó:

—Abrid al conde Oliver, vuestro señor.

En el acto se abrió la puerta para dar paso a un grupo de hombres, que rodearon a los dos jinetes. Empezaron a dar gritos de alegría al ver a Oliver, y se quedaron muy asombrados notando la presencia de Bors, el ladrón.

—Os traigo a Bors, el ladrón, como huésped—exclamó Oliver riéndose.—¿Vamos a darle alojamiento?

—¡Sí! ¡Sí!—gritaron algunos, desenvainando sus puñales.

—Todavía no—ordenó Oliver.—No lo matemos aún, porque antes hay que hacer otras cosas.

Se apeó y penetró en la casucha. Bors se vió obligado a desmontar y luego aquellos hombres lo llevaron al interior de la casa. El bandido estaba aterrado y se arrojó a los pies de Oliver.



—EL AMO OS ORDENA DIVERTIROS Y ESTAR ALEGRES—EXCLAMÓ OLIVER

—¿Quién sois?—exclamó.—¿No sois un criado? ¿No conocéis el escondrijo de las joyas que desea Melisendra?

—Soy el conde Oliver, cuyo castillo hiciste incendiar— le contestó severamente el conde.—En cuanto a las joyas, sólo han sido un engaño para hacerte caer en esta trampa, que otro menos estúpido que tú habría adivinado.

—¡Perdón! ¡Perdón!—exclamó Bors, con las gruesas mejillas cubiertas de lágrimas.

Oliver no le hizo ningún caso. Salió de la casa con los dos o tres hombres de mayor confianza y les comunicó su plan. Dió a uno de ellos una carta para que la llevase al conde Ambrosio, que moraba a poca distancia y que también fué víctima de las brutalidades del bandido. Le rogaba dirigirse con sus hombres al castillo de Bors, a donde deberían llegar dos días después, asegurándole que conseguiría apoderarse fácilmente de él.

Luego examinó atentamente a sus hombres y escogió a uno que tenía cierta semejanza con el grueso bandido. Ordenó a éste que se desnudara, para que su criado cambiara de ropa con él. Luego recomendó a su servidor que se rodease el cuello con el embozo de la capa, para ocultar a medias su rostro. Hecho esto quitó al bandido las llaves de su castillo, lo ató muy bien y lo dejó al cuidado de dos robustos servidores.

Después de dormir algunas horas, al amanecer subieron de nuevo a caballo en dirección al castillo del bandido. A su lado cabalgaba el fingido Bors, cuyo rostro casi quedaba oculto por el embozo de la capa. Oliver llevaba las llaves del castillo y, muy alegre, llegó a él a última hora de la tarde. Los hombres de guardia se apresuraron a abrir las puertas, persuadidos de que veían llegar a su amo, en unión del criado que últimamente había conquistado su favor.

—Sígueme—ordenó Oliver al fingido Bors.



EL CONDE OLIVER TENDIÓ LA MANO A LA DAMA

Luego lo llevó a la estancia del amo del castillo y lo dejó allí. Hecho esto se dirigió a la enorme cocina, en donde estaban reunidos todos los hombres de armas, que se entretenían con varios juegos.

—El amo me ha ordenado abrir la cueva y preparar un festín—dijo Oliver agitando las llaves.—Se ha apoderado de las joyas que deseaba y, mañana por la mañana, celebrará su boda. Y en honor de tal acontecimiento, nos ordena que esta noche nos divirtamos cuanto sea posible.

Todos oyeron muy contentos tales palabras. En breve las mesas estuvieron llenas de manjares y de jarros de vino, y todos se sentaron a su alrededor. Pasaron la noche entera comiendo, bebiendo, cantando y divirtiéndose y, al amanecer, estaban todos dormidos. Incluso los guardias roncaban como unos benditos. El castillo estaba a merced del primero que llegase.

Al amanecer aparecieron los hombres de armas del conde Ambrosio. Oliver los esperaba y, con gran silencio y rapidez, abrió las puertas y los hizo entrar. En pocas palabras refirió al conde Ambrosio lo ocurrido y diez minutos después el castillo estaba en poder de los hombres de armas de éste. Los defensores del castillo fueron atados y luego encerrados en el calabozo, donde, con expresión estúpida, se miraron uno a otro, tratando de comprender lo que había ocurrido.

Cuando el sol se elevaba en el cielo oriental, Oliver se dirigió a la torre en que estaba encerrada su dama y, abriendo las puertas, exclamó muy alegre:

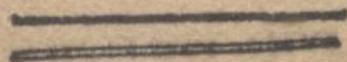
—Despertad, hermosa Melisendra. Vestíos y venid conmigo. Todo marcha bien y ha llegado ya el día de nuestra boda.

Melisendra abrió los ojos y, con el corazón alegre, oyó aquellas palabras. Rápidamente se vistió y descendió por la escalera de la torre. Luego, en la gran sala de honor del castillo, encontró al conde Oliver que la aguardaba rodeado por sus hombres. Él le tendió las manos, que la dama estrechó muy alegre.

—El castillo y todo lo que contiene es nuestro—dijo el conde.—Aquí están mis hombres y también nuestro buen amigo, el conde Ambrosio. Nos casaremos hoy mismo y olvidaremos los días desdichados de las pasadas semanas.

Nunca hubo una boda como aquélla. Tañeron las campanas del castillo y todos los habitantes de la comarca acudieron a la fiesta, alegres y maravillados a la vez, y en cuanto se enteraron de que el conde Oliver había engañado y capturado al ladrón, apoderándose, luego, del castillo, su júbilo no tuvo límites, porque se veían libres del temor que siempre les inspiró el malvado Bors. Los tesoros del castillo eran ya propiedad de Oliver, quien se apresuró a entregar una buena parte de ellos a las víctimas de los robos de aquellos bandidos.

Bors estuvo preso durante un año y luego fué puesto en libertad, pero temía tanto al conde Oliver, que no se atrevió a repetir ninguna de sus fechorías, y en adelante vivió como mísero mendigo. En cuanto a Oliver y Melisendra, establecieron su vivienda en el castillo del ladrón y fueron felices durante muchísimos años.



EL PATITO AVENTURERO

Emilio tenía un duro nuevo y reluciente, que le regaló su tío. Y se encaminó al bazar de juguetes que había cerca de la playa, con objeto de comprarse algo. Adquirió un magnífico pato flotante y luego, muy contento, se dirigió al mar con él. Flotaba muy bien, siguiendo el movimiento de las olas y tenía un aspecto magnífico. Los demás niños que había en la playa, miraron con envidia el juguete y se dijeron que Emilio tenía una suerte loca.

Pero aquel patito era demasiado amigo de las aventuras. Dejándose arrastrar por el movimiento del agua, se alejó tanto, que Emilio no lo pudo recobrar ya. Por momentos avanzaba mar adentro y el niño lo contemplaba muy triste, porque, en realidad, era un patito hermoso.

Pero éste se asustó, al fin. Ya no veía a Emilio y, además, se dió cuenta de que el mar era inmenso y muy profundo. Por entre las aguas andaban numerosos peces y cruzaban los aires unas gaviotas inmensas.

—¡Oh, cuánto diera por no haber sido tan atrevido!— murmuró tristemente—. ¡Mejor hiciera quedándome al lado de Emilio! Ahora me perderé y ya no lo veré más.

De pronto el patito dió un graznido de miedo y tembló todo su cuerpo de cacho. Una enorme gaviota revo-

loteaba acercándose a él por momentos. Por fin se arrojó sobre el flotante pato y lo agarró con su amarillento pico. Luego se elevó por el aire, llevándose su presa.

Siguió ascendiendo y las demás gaviotas empezaron a rodearla, para averiguar qué llevaba en el pico.

—¡Tonta! ¡Tontísima! Eso no sirve para comer. No es más que un estúpido juguete.

La gaviota dió un graznido y dejó caer el patito de caucho. Este se desplomó desde una altura inmensa y a medida que descendía, sentía aumentar la rapidez de su caída. Abajo y todavía muy lejos, vió una barca llena de gente. Entre las personas que la tripulaban había una niña que, de pronto, se dió cuenta de la caída del pato y extendió las manos con tanta oportunidad que pudo recogerlo en ellas cual si fuese una pelota.

—¡Oh, es un patito flotador!—exclamó asombrada—. Esta tarde me lo llevaré a merendar.

En cuanto desembarcó, la niña fué a merendar a casa de su tía y, en efecto, se llevó consigo el patito. Su primo la esperaba en la puerta y ella, desde lejos, lo saludó.

—Ven a ver lo que tengo—gritó—. Es un patito de caucho, que dejó caer una gaviota.

¿A que no adivináis quién era su primo? Pues Emilio. Con la mayor sorpresa se quedó mirando el pato, pues, naturalmente, lo reconoció como suyo.

—¡Caramba, es el patito que compré esta mañana, con el duro que me dió tu papá! Se alejó flotando y, de pronto, vi que una gaviota lo recogía y se lo llevaba volando.

—Pues lo dejó caer en mis manos. ¡Oh, qué aventuras ha corrido, Emilio! Pero, en fin, aquí está. Y espero que,

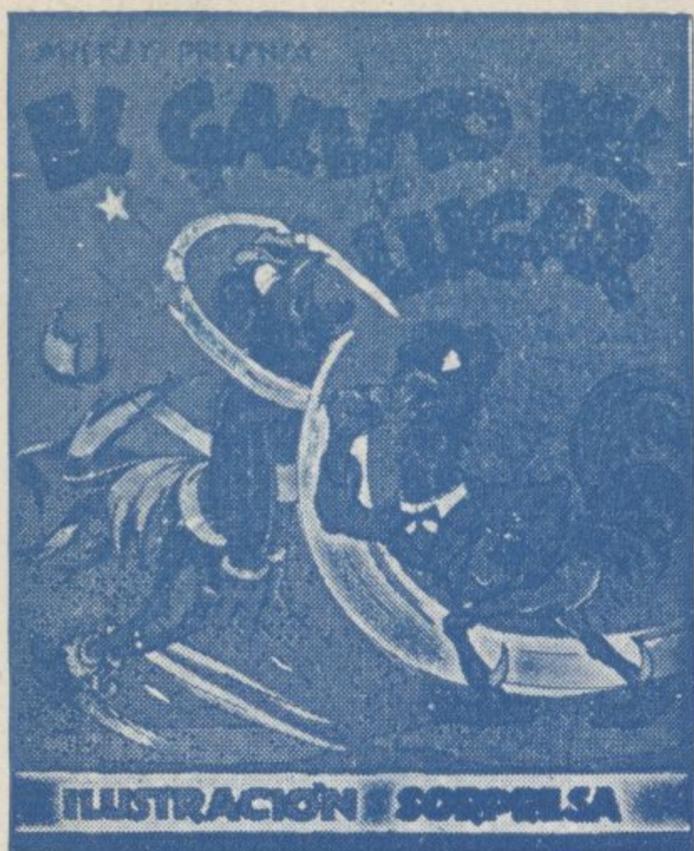


LA NIÑA EXTENDIÓ LAS MANOS Y LO COGIÓ COMO
SI FUERA UNA PELOTA

en adelante, será un buen patito y no se irá por su cuenta.

Emilio lo miró extasiado. Lo había dado ya por perdido. Tanto él como la niña estaban contentísimos. Y en cuanto al patito, era tanta su alegría, que ni siquiera fué capaz de dar un graznido.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Gran Novedad

CUENTOS

ILUSTRACION - SORPRESA

Son hermosos libros de narraciones para niños, en los que, sin más que volver las hojas, aparecen, en determinadas páginas, maravillosas construcciones a todo color, que se montan automáticamente y producen una gran sensación de relieve y realismo.

Es el libro de cuentos convertido en juguete.



Títulos en existencia

**EL RATON MICKEY EN LA CORTE DEL REY ARTURO
LOS ENANOS DEL BOSQUE Y EL REY NEPTUNO**

Precio de cada volumen: \$ 6.—

**EL GALLITO DEL LUGAR
POPEYE Y LA BRUJA DE LOS SIETE MARES**

Precio de cada tomo: \$ 2.30

Urgel 245
Barcelona



Gorostiaga 1650
Bs. Aires